

fueron inútiles por espacio de mucho tiempo. Por fin, en 1765, al cabo de quince años, llegó á Cayena una galera armada en Para, de órden del rey de Portugal, destinada á conducirlo á Para, de allí montar el río hasta el primer establecimiento español, y esperar en él su regreso para conducirlo á Cayena en compañía de su familia, todo por cuenta de S. M. Fidelísima.

Godin de Odonois se ausentó de Cayena, en los últimos días de Noviembre de aquel año para dirigirse por su equipaje á Oyapak, punto situado sobre el río del mismo nombre, treinta leguas al Sur de la ciudad de Cayena, donde había fijado su residencia; pero habiendo caído enfermo y conociendo que su enfermedad se prolongaba demasiado, se vió en el caso de participar al oficial que mandaba la galera podía emprender su marcha siempre que le permitiera comisionar persona encargada de poner algunas cartas en manos de su familia, y de acompañarla. La persona que escogió, correspondió tan mal á su confianza, que por su causa no pudo partir la esposa de Odonois de Riobamba, lugar de su residencia, hasta el 1.º de Octubre de 1769. La galera esperaba en Tavatinga; pero desde este momento nos serviremos de una carta de Odonois á Condamine para enterar á los doctores de la relación curiosa é interesante de las desgracias que sufría su esposa. "Mr. de Grand-Maison, padre de mi mujer, dice Mr. de Odonois, la había precedido un mes antes, y había llegado á Canelos, donde debía embarcarse en río Bobonasa, que se une al de Partasa para desembocar en el Amazona. Mr. de Grand-Maison se embarcó para continuar su camino y disponer cuanto su hija pudiera necesitar en la travesía. Como descendía acerca de su seguridad, pues había dispuesto la acompañaran sus dos hermanos, un médico, un negro y tres criadas mulatas ó indias, continuó su camino hasta las misiones portuguesas. En este intervalo, una epidemia de viruelas había puesto en dispersión á todos los habitantes de Canelos; los que se habían librado de la enfermedad, se retiraron á lo interior de los bosques.

"Mi mujer se había puesto en camino acompañada de treinta indios que la escoltaban y trasladaban su equipaje: estos indios, pagados anticipadamente según la mala costumbre del país, se retiraron al avistar á Canelos, por temor á la peste, ó tal vez por temor también á que les obligaran á embarcarse, á ellos que no habían visto si acaso mas que alguna canoa de lejos. ¿Cómo retroceder ante el deseo de llegar á aquel buque dispuesto por órden de dos soberanos á recibirla y trasladarla en brazos de un esposo ausente veinte años? Estas consideraciones eran demasiado poderosas para no decidir á cualquiera á romper por todos los obstáculos.

"No quedaban en la población mas que dos indios que se habían librado del contagio, y para eso no poseían canoa alguna; sin embargo, ofrecieron construir una y conducir á madama Odonois hasta la misión de Andoas, doce jornadas río Bobonasa abajo, distancia que puede apreciarse en ciento cuarenta á ciento cincuenta leguas. Se les satisfizo anticipadamente el premio de su trabajo, y partieron todos

de Canelos; pero despues de navegar dos días, y durante el descanso de la segunda noche desaparecieron los indios, dejándolos sin otro arbitrio que continuar la navegación sin guía. El primer día se pasó sin accidente particular; al segundo divisaron una canoa amarrada á un recodo que formaba el río, prócsimo al que había una cabaña de salvajes. De ella salió un indio, que aunque en estado convalescente, consintió en acompañarlos haciendo de timonero; pero al tercer día, habiendo caído al agua el sombrero del médico, se empeñó en cojerlo, cayó al agua también y se ahogó. La canoa dirigida por personas que no tenían la mas leve nocion de su maniobra, no podía caminar largo tiempo; comenzó á hacer agua, y fué menester saltar á tierra y construirse una habitacion.

"A pesar de todo, los viajeros distaban solamente cinco ó seis jornadas de Andoas, y en esta persuasión se ofreció el médico á ir en busca de auxilios, lo que verificó en compañía de otro francés que dependía de él, y del fiel negro de madama Odonois, que puso á sus órdenes. Al ponerse en camino prometieron su regreso para despues de quince días; pero en vano aguardaron hasta veinte y cinco. No siendo dable continuar mas tiempo en aquella situación, construyeron una balsa, en la que se embarcaron con sus equipajes; pero esta balsa, tan mal conducida como la canoa, chocó contra un tronco sumergido y volcó. Todos cayeron al agua, pero gracias á la poca anchura del río se salvaron todos. A madama Odonois la salvaron sus hermanos, sin embargo de haberse sumergido por dos veces.

"Los viajeros, reducidos á una situación mas triste aún que la primera, decidieron seguir á pié la orilla del río. ¡Loca empresa! Bien sabeis, amigo mio, que aquellas orillas están obstruidas de yerbas, de malezas y arbustos, entre los que no se puede dar un paso sino con la hoz en la mano, y perdiendo mucho tiempo. Regresaron á su anterior estacion, se proveyeron de los víveres que habían dejado, y se pusieron en camino. Conociendo que las sinuosidades de la orilla del río prolongaban demasiado su camino, se internaron en los bosques por evitarlas, lo que les ocasionó estraviarse á los pocos días. Fatigados de marchar por entre la espesura de arboledas, penosa hasta para aquellos que están acostumbrados; heridos en los piés á causa de las espinas y guijarros, sin víveres, abrumados de sed, sin mas recursos que algunos frutos silvestres y poseidos de desaliento, comenzaron á desmayar, á carecer de fuerzas y á sucumbir, dejándose caer al suelo para no levantarse mas. En el espacio de tres ó cuatro días espiraron, unos despues de otros, todos los que rodeaban á madama Odonois.

"Al lado de sus hermanos y de los otros cadáveres, permaneció tendida madama Odonois, en un estado de aturdimiento, de delirio y enajenacion que no la dejaba libre otro sentimiento que el tormento de la sed. Por último, la Providencia, que sin duda había resuelto conservarla, la infundió ánimo y fuerza para arrastrarse en busca de algun recurso; hallábase descalza y casi desnuda; un mal jubon y una camisa en harapos, cubrían sus miembros. Des-

calzó á sus hermanos, y ató las suelas á sus piés.

"Despues me ha asegurado ella misma que permaneció diez días en los bosques, de los cuales pasó dos al lado de los cadáveres de sus hermanos esperando su último momento, y los ocho restantes en arrastrarse errante de un lado á otro. El recuerdo del prolongado y horrible espectáculo de que había sido testigo, el horror de la soledad y de la noche en un desierto, el espectáculo de la muerte patente ante sus ojos, terror que se redoblaba á cada instante, la impresionaron de tal modo, que hizo encanecer sus cabellos. El segundo día de marcha, que debió ser poco considerable, halló agua, y los siguientes algunos frutos salvajes y huevos de perdiz. Apenas podía su garganta atravesar cosa alguna, tanto se había contraído su esófago á causa de la privación de alimento. Los que la casualidad le había depurado bastaron para sostenerla, aunque ya sin duda era tiempo de que pareciese el socorro que le estaba reservado.

"Si leyérais en una novela que una mujer delicada, acostumbrada á gozar de todas las comodidades de la vida, se viese precipitada en un río y que estraida casi ahogada se interna en un bosque donde vaga sin rumbo fijo y camina muchas semanas; que se estravía, padece hambre y sed hasta aniquilarse; que ve espirar sus dos hermanos mas robustos que ella, un sobrino apenas fuera de la edad de la infancia, tres mujeres criadas suyas, un jóven criado del médico que fué en busca de socorros, y que sobrevive á esta catástrofe; que permanece dos días y dos noches al lado de estos cadáveres, en cantones donde abundan los tigres y muchas serpientes dañinas; que se incorpora y camina medio desnuda por espacio de ocho días hasta que llega á orilla del Bobonasa; acusaríais al autor de la novela de llevar su falta de exactitud hasta la extravagancia. Y sin embargo, todo esto aconteció á madama Odonois, y los hechos están acreditados en cartas orijinales de muchos misioneros de Amazona que han tenido conocimiento de este suceso; y estas cartas han estado en mis manos.

"Al octavo ó noveno día fué cuando madama Odonois llegó á orilla del Bobonasa, á tiempo que comenzaban á disiparse las tinieblas de la noche; sintió ruido á cosa de doscientos pasos de sí, y el primer movimiento de terror la impulsó á ocultarse en la espesura; pero reflexionando que nada podía agravar su desgracia y que nada peor tenia que temer, se aproximó á la orilla, desde la que divisó á dos indios que se alejaban en su piragua.

"Los indios vieron á madama Odonois, y se encaminaron hácia ella; suplicóles la condujeran hasta Andoas. Aquellos indios, retirados hácia algun tiempo de Canelos, con sus mujeres, á causa del contagio de las viruelas, venian de una tala que habían emprendido algo lejos de allí, y bajaban á Andoas. Acogieron á mi esposa con interés, la cuidaron y condujeron á aquella población; pero en ella las pocas atenciones de un misionero la determinaron á exigir al punto una canoa con dotacion de jentes, que la pusiera en disposición de partir para Laguna al día siguiente.

"En Laguna fué acogida por el doctor Romero, nuevo jefe de misioneros, con toda la afabilidad posible; por espacio de seis semanas que permaneció á su lado, nada omitió de cuanto pudiera contribuir á restablecer su alterada salud y á distraer su ánimo del recuerdo de sus desgracias. Sus atenciones llegaron al extremo de tripular una canoa en que pudiera trasladarse á bordo de la embarcacion portuguesa, que como es sabido, la esperaba hácia mucho tiempo. El comandante portugués, que tuvo anticipado aviso de la llegada de mi mujer, mandó á esperarla una piragua surtida de todo jénero de provisiones. Esta pequeña embarcacion encontró á madama Odonois en la casa española de Loreto. Mi esposa me ha referido despues mil veces, que desde este momento hasta Oyapak, donde se me reunió, es decir, durante una travesía de mil leguas, disfrutó de las mas esquisitas atenciones y comodidades.

"En tanto que madama Odonois vagaba por los bosques, navegaba su fiel negro por el río en su busca, acompañado de algunos indios de Andoas. Llegado al sitio en que la había dejado, siguió sus huellas hasta dar con los cadáveres de sus señoritos, infectos ya y completamente desfigurados. Cuando los hubo examinado, se persuadió de que ninguno se había salvado, y regresó á Andoas. En cuanto al médico, así que se vió en Andoas á cubierto del peligro, olvidó el que corrian sus compañeros de viaje y partió para Omagras, sin hacer nada por cumplir el sagrado deber que se había impuesto."

XXV.

ISLAS VITI.—MUERTE DEL CAPITAN BUREAU.—DESTRUCCION DEL PUEBLO DE PIVA.

En Septiembre de 1836, durante la escala que Mr. Dumont d'Urville hizo en Taiti para pedir esplicaciones á la reina Pomaré de los malos tratamientos ejercidos contra dos misioneros franceses, encontró allí al comandante Dupetit Thouars, que había ido á aquella isla por el mismo motivo. Por este oficial supo las tristes circunstancias de la muerte del capitán Bureau, y como Mr. d'Urville tenia que explorar las islas Viti, quiso encargarse de la ejecucion de las instrucciones que la fragata Vénus había recibido para aquel objeto.

El 14 de Octubre pasó la expedicion á pocas millas de la isla Boulang-Ha, costeano las de Marambo, Kambara, Vanyara, Namouka, Mozé, Komo, Holoroua y Ehioua, que ya había reconocido Mr. d'Urville en su primer viage á bordo del Astrolabio. A la caída de la tarde llegó á la isla de Lagumba, la mas importante por su estension y poblacion de todas las que forman la parte Sudeste del archipiélago Viti, para donde llevaba cartas de recomendacion, á fin de que se le proporcionara un hombre del país que pudiera guiarlo por aquel archipiélago peligroso. Mr. d'Urville satisfizo su deseo mas cumplidamente de lo que esperaba, puesto que se ofreció á

hacer este servicio con la mejor voluntad del mundo uno de los jefes de la isla, llamado Latchika, que llevó también consigo un criado, cuyo nombre era Latou. Logrado este objeto, dióse otra vez á la vela Mr. d'Urville, con dirección á Piva, donde, según los informes de Latchika, fué apresado el bergantín Josefina y asesinado el capitán Bureau. El día 15 ancló Mr. d'Urville á la vista de Vidi-Lebou y á dos millas solamente de la isla Piva, donde mandaba el jefe Nakalassé, autor del apresamiento del bergantín Josefina y del asesinato de su tripulación.

Allí supo con toda exactitud los pormenores de este trágico suceso. He aquí de qué modo se los refirieron algunos europeos residentes en Lebouka, pueblo situado en la isla Obalaou, y á muy corta distancia de Piva:

"El bergantín francés la *Josefina*, su capitán Bureau, arribó á mediados del año de 1833 á las islas Viti, para recibir un cargamento de holoturias y conchas de tortugas.

"Algun tiempo después de la llegada del capitán francés, Nakalassé, jefe de Piva, deseoso de hacer la guerra á Tanoa, jefe de la isla Pao, pidió al capitán Bureau que le admitiese á bordo de la *Josefina* con sus guerreros, para dirigirse á la isla Sama-Sama, donde Tanoa se había refugiado, prometiendo al capitán cierta cantidad de conchas, tortugas y de holoturias para pagar el pasaje. Mr. Bureau accedió á la petición de Nakalassé, que se embarcó en la *Josefina* con su tropa, y la expedición se hizo á la vela.

"Antes de llegar á Sama-Sama, el bergantín *Josefina* hizo escala en Datea, donde Nakalassé y su jente saltaron á tierra, mataron á un habitante, cogieron dos piraguas y se llevaron su botín á bordo del buque; allí asaron al hombre que habían matado, se lo comieron, y amarraron las dos piraguas á la popa del bergantín.

"Al llegar á Sama-Sama, la tropa de Nakalassé quiso efectuar su desembarco; pero sufrió tan vigorosa resistencia por parte de los naturales de la isla, que su jefe se vió obligado á embarcarse aceleradamente y volver á Piva. Aquí el capitán Bureau pidió á Nakalassé la recompensa que le había prometido por su pasaje y el de sus guerreros; pero el malvado jefe aplazó el pago de un día á otro, de suerte que al cabo de un mes de espera, viendo Bureau que había sido engañado, resolvió alejarse.

"Por aquella época llegó á la isla Lebouka el navío americano *Admiral*, su capitán Eggelsohn; en cuanto lo supo Bureau despachó en una lancha al contramaestre, un marinero americano que servía á su bordo, y seis naturales de Piva, á fin de que fuesen á comprar tela á bordo de aquel navío. Cuando la lancha de la *Josefina* atracó en el costado del navío, uno de los marineros que la tripulaban, llamado David Wippy, suplicó al capitán que escribiese una carta á Mr. Bureau advirtiéndole que se anduviese con cautela con los naturales de Piva, porque trataban de matarle, para apoderarse del buque; y en fin, que no tolerase á su bordo tantos salvajes, pues aunque ya él mismo había dado este aviso á Mr. Bureau, no había querido hacer caso de sus consejos.

"El capitán Eggelsohn hizo lo que le dijo Wippy, y entregó su carta al contramaestre de la *Josefina*, quien la dió á su capitán en cuanto llegó á bordo del bergantín; mas apenas la leyó Mr. Bureau, la arrojó con desprecio, prorumpiendo en imprecaciones contra el capitán Eggelsohn. Uno de los marineros americanos recojió la carta, la leyó, participó su contenido á su camarada, y viendo los dos el peligro que corrían á bordo del bergantín francés, se presentaron á su capitán, y le dijeron, que si no quería seguir los consejos del capitán del *Admiral*, dejarían la *Josefina*. El capitán Bureau los despidió brutalmente; y ellos entonces subieron sus cofres al puente para desembarcar en el acto. Viéndolos el capitán tan decididos, cogió un par de pistolas, y amenazó levantar la tapa de los sesos al primero que tratara de evadirse. Los dos americanos permanecieron tranquilos hasta la noche, en que á favor de la oscuridad, se salvaron á nado, y tomaron tierra en la isla de Pao. Al día siguiente, muy temprano, se embarcaron en la piragua de uno de los jefes de Pao, llamado Mara, y se dirigieron á Lebouka, á donde llegaron á las diez de la mañana. En aquel mismo día á las cuatro de la tarde fué asesinado el capitán Bureau.

"Viendo Nakalassé que el bergantín *Josefina* estaba á punto de partir, resolvió poner en ejecución el proyecto que había meditado, es decir, matar al capitán y á la tripulación de la *Josefina* y apoderarse del buque. No atreviéndose á cometer por sí mismo este asesinato, encomendó su ejecución á su sobrino Frank; pero éste no quiso acceder á la proposición de su tío, diciendo, que amaba demasiado al capitán francés, y que jamás le haría el menor daño, obstinándose tanto en su negativa, que irritado con ella Nakalassé, mandó ahorcarle con un pedazo de cable: el desgraciado, no pudiendo resistir el tormento de la estrangulación, consintió al fin en ejecutar la orden de su tío.

"Cuando Nakalassé vió á su sobrino dispuesto á obedecerle, le dijo: "Ahora mismo pasa á bordo del buque francés con tres de mis guerreros, y dirás al capitán que coja su antejo de larga vista para ver su canoa encallada allá en un arrecife: cuando se ponga á mirar por el antejo, le matarás, así como á toda su jente."

"Frank se embarcó en una piragua con sus tres cómplices armados de sus macanas, y se dirigieron á bordo de la *Josefina*; al subir sobre cubierta, saludó Frank muy afectuosamente al capitán, y le dijo, que su canoa había sido arrojada á un arrecife, indicándole el paraje. Mr. Bureau cogió su antejo, y en el momento en que lo dirigía hácia la embarcación, se echaron sobre él los asesinos, y á fuerza de golpes lo dejaron muerto á sus piés. Quedaban todavía á bordo el maestre, el contramaestre José, y el cocinero; los dos primeros sufrieron la misma suerte que su capitán, y el tercero logró salvarse ocultándose en la cueva.

"Los tres cadáveres fueron arrojados al mar; el cuerpo del capitán, impelido por las olas, fué á parar á la playa de la isla de Viti-Levou, donde lo recogieron los habitantes, lo asaron y se lo comieron.

"Cuando Frank concluyó su carnicería, izó un pabellón, á cuya señal todos los naturales de Piva, pasaron á bordo de la *Josefina*, y lo saquearon completamente, llevándose cada uno lo que pudo ó quiso: en seguida aparejaron el bergantín y lo llevaron delante de la isla Lebouka, á fin de recoger á todos los blancos que se hallaban en dicha isla, y obligarles á maniobrar en el buque. Habiendo conocido David Wippy la intención de los asesinos del capitán Bureau, aconsejó á sus compañeros que no accediesen á la invitación de Frank y de sus cómplices, aunque quisieran obligarlos á la fuerza, pues temía hallarse comprometido en aquel negocio. Viendo Frank que los blancos de Lebouka no querían pasar á bordo del bergantín, volvió á llevarlo á Piva, y desde allí, habiéndose embarcado Nakalassé, hizo rumbo hácia Pao, cañoneó al pueblo, y mató á muchos habitantes. Conociendo que el bergantín no podía prestarle ya grande utilidad, mandó desembarcar á toda la jente que iba á su bordo y aprovechando la marea alta, condujo el buque á Reva, y lo echó á pique."

Resulta, pues, de la precedente relación, que el honor del pabellón francés y la seguridad del comercio en jeneral reclamaban un castigo terrible en aquellas islas. Mr. Dumont d'Urville se encargó de este castigo. He aquí de qué modo lo llevó á cabo. Al llegar á la vista de Piva, envió fuerzas suficientes para apoderarse de Nakalassé y pegar fuego al pueblo. Pero dejemos hablar al mismo comandante de aquella expedición, Mr. Dubouzet, que al volver á bordo dió cuenta de ella á Mr. d'Urville en los siguientes términos:

"Cumpliendo las instrucciones que me disteis ayer, partí esta mañana á bordo de dos lanchas armadas en guerra con un destacamento de treinta y dos marineros y algunos oficiales, para incendiar el pueblo de la isla de Piva, situado á tres millas Oeste de nuestro fondeadero. Un momento después, se reunieron á nosotros tres embarcaciones del Astrolabio, llevando á su bordo la compañía de desembarco á las órdenes del teniente de navío Roque-maurel; tomé á mi bordo al jefe Tonga Latchika, que debía servirnos de piloto, é hicimos rumbo inmediatamente para nuestro destino. Al amanecer llegamos á tierra, y después de haber hecho desembarcar los dos destacamentos, dejé las canoas, surtas en línea, al cargo de los señores de Flotte y Lafont, alumnos de primera clase, á quienes previne que las tuviesen siempre á nado y se dispusieran á proteger nuestro desembarco con el fuego de las carabinas. Aunque nadie se presentó en la playa para oponerse á nuestra marcha, íbamos formados en batalla, preparados á disparar contra el primero que se presentara, porque el jefe Latchika que llevaba á mi lado, esperando ser atacado, no cesaba de recomendarme que estuviésemos dispuestos á sostener el choque del enemigo, que sería precedido de gritos y ahullidos. Destaqué entonces dos hombres de cada sección para que fuesen á incendiar las casas mas próximas á nosotros; en un instante fueron presa de las llamas, y como nadie se presentó, se pegó fuego sucesivamente á unas veinte casas

mas, para cuya operación bastó un cuarto de hora. El jefe Latchika nos enseñó la hermosa casa de Nakalassé, á la que aún no había llegado, y que tenía él grandes deseos de quemar; pero para no ser envueltos en el humo, mandé al alférez de navío Mr. Montravel que prendiera primeramente fuego á la casa llamada de los Espíritus, situada en la cumbre del cabo, y todas las que estuviesen comprendidas desde el Oeste al Este, de donde soplaban el viento, dejando para el último momento las mas próximas á la playa, que hice custodiar por un destacamento de quince hombres. Luego que el pueblo quedó reducido á cenizas, que según mi cálculo se componía de sesenta casas, nos retiramos á nuestras embarcaciones. No estábamos todavía á media milla de distancia, cuando vimos á los habitantes dirigirse á sus casas abrasadas, que no habían tenido valor de defender. De esta manera feliz concluyó la misión que nos habíais confiado; no encontramos ninguna resistencia, siendo digna de todo elogio la sumisión de los marineros que fueron bajo mis órdenes; todos marcharon constantemente unidos, y ejecutaron puntualmente su consigna, y los dos destacamentos, obedientes á la voz de sus jefes, contribuyeron con el mismo celo al logro de la empresa."

XXVI.

NAUFRAGIO DEL CAPITAN BONTIKOE EN EL MAR DE LA INDIA.

Isbrantz Bontikoé, nombrado por la compañía holandesa de las Indias Orientales, capitán del navío la *Nueva-Horn*, pasó en 1618 á las Indias, para asuntos del comercio. Este buque, tripulado por doscientos seis marineros, se hallaba á la altura del estrecho de la Sonda, cuando el comandante que estaba sobre el puente, oyó gritar ¡fuego! ¡fuego! Bajó corriendo á la bodega; pero no vió ningún indicio de incendio: preguntó entonces dónde había fuego, y algunos marineros le dijeron que habiendo bajado un grumete para sacar aguardiente, había bajado la luz encima de un tonel, y que al destaparlo había caído por el agujero una chispa, la cual había inflamado el aguardiente, y desfondado el barril, había corrido aquel hasta el carbon de fragua. El comandante dispuso entonces que se echaran muchos valdes de agua sobre el carbon; pero á pesar de esta medida de precaución, el incendio no tardó en declararse en toda la bodega, cundiendo á los pocos minutos por todo el buque. Renunciamos á describir la escena de horror y desolación que durante algunos minutos, pasó á bordo de la fragata Nueva-Horn. Los que no perecieron abrasados por las llamas ó ahogados por el humo, volaron con los restos del buque en su última explosión. Salváronse sin embargo, el capitán y algunos marineros; estos en las lanchas del navío, y aquel milagrosamente á nado y asiéndose de uno de los mástiles del buque. Pero oigamos su propia relación:

"Por lo que hace á mí, esperaba perecer como to-

dos mis compañeros; estendí los brazos y las manos hacía el cielo y grité: ¡Dios mio, misericordia! La tuvo al fin de mí, porque de los aires caí en el agua entre los fragmentos del buque. En esta situación se reanimó tan vivamente mi valor, que creí ser otro hombre: mirando al rededor, ví á un lado el palo mayor, y al otro el de mesana. Me subí sobre el palo mayor, y desde allí observé todos los tristes objetos que me rodeaban.

“Por espacio de algunos minutos no ví á hombre alguno. Sin embargo, cuando mas abismado estaba en mis tristes reflexiones, ví aparecer en el agua un jóven nadando con piés y manos. Agarró los adornos de la proa que flotaban sobre el agua, y dijo: *¡Todavía estoy vivo!* Aquel jóven se llamaba Harman-van-Kniphnisen, natural de Eyder. Ví flotar cerca de él un mástil pequeño, y como el grande en que yo estaba no cesaba de rodar, cosa que me causaba mucha fatiga, le grité: *Empújame ese fragmento: me pondré encima y lo haré flotar hácia donde tú estas, para que nos sirva á los dos.*

“El jóven hizo lo que le mandé, y confieso que de otro modo me hubiera sido imposible reunirme con él, porque de resultados de la caída, tenía la espalda lastimada, y herida en dos sitios la cabeza. Estos males, de que no me había apercebido al principio, empezaron á molestarme con tanta fuerza, que creí cesar repentinamente de ver y oír. Estábamos muy juntos el uno al otro, y no dejábamos de mirar á todas partes con la esperanza de descubrir algunas de las lanchas. Al fin las descubrimos, pero muy lejos. El sol estaba ya en su ocaso, y dije á mi compañero de infortunio:

“Se acabó toda esperanza! Es muy tarde y no podemos sostenernos en esta situación toda la noche. Elevemos nuestros corazones á Dios, y pidámosle nuestra salvación con una resignación absoluta á su voluntad.”

“Pusímonos á orar, y obtuvimos la gracia que pedíamos, pues apenas acabamos de dirigir nuestros votos al cielo, cuando alzando los ojos vimos las lanchas cerca de nosotros; ¡qué alegría para unos desgraciados que se consideraban ya próximos á la muerte! Empecé al punto á gritar: “¡Socorred, socorred al capitán!” Algunos marineros que me oyeron, se pusieron también por su parte á dar voces: “Muchachos, decían, aquí está el capitán, salvémosle.” Acercáronse; pero no se atrevieron á avanzar mucho, temerosos de ir á chocar contra los grandes trozos de madera que el mar agitaba. Harman, que estaba menos herido que yo, se sintió con fuerzas para echarse á nado, y se dirigió á una de las lanchas. Yo entre tanto gritaba: “Si quereis salvarme la vida, es menester que vengais á donde yo estoy, porque no tengo fuerza para nadar.”

Echaron entonces al agua la bocina con un pedazo de cable, y atándomelo á la cintura, pude por este medio llegar felizmente á bordo. Vogamos toda la noche con la esperanza de descubrir tierra al salir el sol; pero nuestros esfuerzos fueron inútiles. Al rayar el día, nos convencimos de que estábamos tan distantes de la tierra como de los restos del buque. “Capitán, me dijeron entonces los marineros, ¿qué

va á ser de nosotros? No se ve tierra y estamos sin víveres y sin brújula.”

“En tan apurado trance, mi única esperanza era seguir vogando á la ventura, por si la Providencia nos deparaba alguna isla ó embarcación donde poder refugiarnos y hallar alimento. Ecshorté á los marineros á que se despojasen de sus camisas para hacer velas con ellas; yo quise dar el ejemplo, pero todo el mundo se opuso en favor de mi situación. La tripulación de la otra lancha, apenas vió nuestro improvisado velamen, hizo lo mismo; pero por mas que navegábamos, no descubrimos tierra, y el hambre nos acosaba ya demasiado. ¡Acaso á mis súplicas y ecshortaciones se debió que algunos marineros no llevaran á cabo el horrible y desesperado proyecto que ya habian concebido de devorar á los mas jóvenes de la tripulación! En fin, el 2 de Diciembre, á los trece días de nuestro naufragio, descubrimos tierra, y haciendo fuerza de vela, logramos arribar á ella al cabo de algunas horas. Apenas senté el pié en la arena, me arrodillé, la besé y dí gracias al cielo por el favor que nos dispensaba. La isla abundaba en cocoteros; pero no pudimos hallar agua dulce; así es que bebimos con avidez la que contenía el coco, comiéndonos despues la carne de esta fruta. La leche del coco nos pareció deliciosa, y nos hubiera sentado bien, si la hubiéramos bebido con moderación; pero como todos nos escedimos, no hubo uno que no sintiera fuertes dolores de vientro, que nos obligaron á tirarnos sobre la arena, y á revolcarnos como desesperados: aquel calor húmedo templó nuestros dolores.”

Como lo que resta de la relación del capitán Bontikoé ofrece menos interés, la interrumpimos, aunque supliendo la falta con un resumen sucinto de sus posteriores acontecimientos.

Viendo los naufragos que aquella isla les ofrecía pocos recursos, pues no pudieron hallar habitación ninguna, resolvieron dejarla, lo que verificaron despues de haber llenado las lanchas de cocos, dirigiendo el rumbo á la isla de Sumatra. Llegaron felizmente á esta isla, pero su estancia en ella no pasó de veinte y cuatro horas, á causa de la encarnizada persecución que les hicieron los naturales. Por espacio de muchos días vogaron hácia el Sudoeste, manteniéndose de ostras y diferentes conchas terrestres ó marítimas, que recojian en varios puntos de la costa Oeste de Sumatra. Una noche descubrieron una luz; al principio creyeron que seria de algun buque; pero aprosimándose, reconocieron que salía de una pequeña isla del estrecho de la Sonda. Al día siguiente, se hallaron á la vista de Java y de gran número de buques. Eran veinte y tres, todos holandeses, y los mandaba Federico Houtman de Alemaar. Admirado éste de la singularidad de las velas que llevaban los naufragos, y deseoso de que le esplicasen aquel espectáculo tan nuevo, envió su lancha, encargando á la jente que la tripulaba, que averiguase quiénes eran los que de aquel modo tan inusitado navegaban. Para dicha mayor de los naufragos, los marineros del buque holandés conocieron á varios de ellos, por haber navegado juntos en otra época. Recojiendo en su lancha á todos los nau-

fragos, los condujeron á bordo del navío almirante, que se llamaba la Virjen de Dordrecht, donde repararon sus fuerzas con un opíparo banquete que les dió el comandante.

XXVII.

ARAUCANOS.—ESCURSION DE MR. BARDEL, VICE-CÓN-SUL DE FRANCIA EN CONCEPCION DE CHILE.

En el viaje que para asuntos de su consulado hizo Mr. Bardel á Arauco, tuvo ocasión de observar no solo sus usos y costumbres, sino muchas de sus mas raras ceremonias. Entre estas ocupa un lugar preferente la de sus asambleas, principalmente cuando estas se verifican para celebrar algun tratado de paz ó asegurar el cumplimiento de los ya existentes.

“Cuando los indios se reúnen en asamblea, dice Mr. Bardel, son muy circunspectos. Nadie se atreveria á interrumpir al orador, y éste se cree en la obligación de hablar muy de prisa y por mucho tiempo.

“En una de estas reuniones que yo presencié, el cacique Couraumilla, palabra que significa oro negro, tomó por tres veces la palabra, y en cada una de ellas terminó con una fórmula que queria decir: *¡Digo bien, hombres poderosos!* Los principales puntos de sus tres discursos, fueron su viaje á lo interior, su regreso, la reunión de los caciques, y en fin, el deseo de la paz y las protestas de buena fé.

“Estos indios son muy amigos de la etiqueta, y creo que sobre este punto pueden apostárselas á los mas estirados barones alemanes. Nada perdonan cuando se trata de las ceremonias de sus asambleas. Son intrépidos oradores, quiero decir, que hablan mucho y pronto; pero como su lengua es muy pobre, repiten á cada momento una misma cosa. Son minuciosos y pesados en sus narraciones, especialmente cuando hablan de los incidentes de sus viajes. Para sus cumplimientos de etiqueta, tienen una fórmula comun. Jamás un indio, aunque sea cacique, se aprosima á un superior para saludarle sin pedirle antes la venia por medio de otra persona de mas edad ó mas elevada en jerarquía.

“En la asamblea á que yo asistí, se presentaron dos caciques diciendo que deseaban aprovechar aquella reunión para ser reconocidos como gobernadores de sus distritos respectivos, en atención á haber heredado esta dignidad de sus padres; por donde se ve que entre los salvajes hay también el derecho de heredad. Verificada la instalación de estos altos empleados, presentaron otra petición reducida á que el gobierno les nombrase mayor número de capitanes *amigos*.

“Estos oficiales equivalen á los que en los Estados-Unidos se llaman *indianis-agents*, y sirven de intérpretes, mediadores y agentes con los indios, pues estos no harian ningun caso de órdenes y avisos que les fuesen comunicados por otros en nombre del gobierno. Este empleo se confiere á los chileños que conocen el país y hablan la lengua india.

Disfrutan de un sueldo muy escaso; pero en cambio tienen la ventaja de hacer casi esclusivamente el comercio con los indios. Las inmidades del derecho de jentes son observadas estrictamente con ellos, y no hay ejemplo de que ninguno haya sido asesinado ó robado en el curso de su misión, ni aún en sus asuntos particulares. Los capitanes amigos son cuatro, además del comisario general, y por consiguiente consideraban los caciques como justo motivo ser muy conveniente aumentar su número para bien del servicio. Pero por esta vez el intendente eludió la cuestión diciéndoles que tenia que consultar á la necesidad suprema. La sesión concluyó con el siguiente convenio:

“Todos prometieron mantener la paz y respetar el territorio chileno. Tres caciques debian pasar á los Motolas, cerca del cacique Anal, para obligar á Monguil (1) á cumplir con sus deberes y llevarlo á Concepcion, donde trataria con el gobierno.

“En fin, para asegurar la armonía y la paz, se plantearia una cruz en el lugar mismo de las conferencias, á fin de que las palabras quedasen enterradas en el mismo sitio donde se habian pronunciado.

“He aquí de qué manera se verificó esta estraña ceremonia. A las diez de la mañana estaban todas las tropas sobre las armas, y el cura revestido con sus insignias sacerdotales; repicaban las campanas y se oía el redoble de los tambores. Nos dirigimos á la iglesia acompañados de las autoridades civiles y militares; el intendente, el cónsul inglés, el comandante de la plaza y yo llevábamos bastones como los de los caciques, y los cuales consisten en un gran palo con un disforme puño de plata, muy parecidos á los de nuestros tambores mayores.

“Al entrar en la iglesia, encontramos en medio una cruz de madera que tendria de unos veinte y cinco á treinta piés de longitud. Los caciques estaban de pié al rededor de ella. En vez de pantalones llevaban una pieza de tejido de lana atada á la cintura y formando una especie de jubon que les llegaba hasta los piés. Cubria sus cabezas un pañuelo de algodón, muy adornado de pedazos de vidrio, cascabeles, cintas y otras baratijas, sin faltarles en la mano el indispensable baston de puño de plata.

“Despues de un breve intervalo que aprovechó el cura para bendecir la cruz, quince indios la llevaron á hombros, y la comitiva y el cura á la cabeza, se puso en camino al son del tambor. Al llegar al sitio de las conferencias, formaron las tropas un gran círculo, en medio del cual nos colocamos nosotros, y en frente se agruparon los caciques.

“Entonces empezaron de nuevo delante de la cruz los discursos y las protestas de una y otra parte; pero no se plantó aquella ni se cubrió de tierra su base, hasta que todos se persuadieron de que las palabras estaban bien enterradas. En seguida mandaron los caciques traer un cordero, que inmolaron al pié de la cruz, y empapando ellos mismos sus

(1) Monguil es el cacique que atraído, segun dicen, por algunos chileños descontentos, habia invadido las fronteras.

manos en la sangre, hicieron en ella muchos signos, al parecer jeroglíficos. No pude menos de admirar la analogía de estas costumbres con las de los hebreos, en cuyas ceremonias el cordero y la sangre del cordero, representaban frecuentemente un papel muy importante."

Luego que Mr. Bardel despachó su comision en Arauco, resolvió volverse á Concepcion; pero el intendente, deseando enseñarle el país, le propuso tomar otro camino. Accedió Mr. Bardel con tanto mas gusto, cuanto que esta expedicion podia proporcionarle la ocasion de devolver una visita á su amigo Mr. Lozier. Era este uno de los franceses que abandonaron la Francia á la caída de Napoleón. Despues de haber recorrido los Estados-Unidos, el Brasil y las provincias de la Plata, llegó á Chile. Hombre verdaderamente instruido, lo empleó mucho tiempo el gobierno chileno como ingeniero y como rector del *Instituto* en la época del general Pinto. A consecuencia del cambio político que elevó al poder al general Prieto, fué enviado á Concepcion para organizar allí un colejo del gobierno; pero algunos disgustos que tuvo con las autoridades, le obligaron á tomar la resolucion de retirarse, y al efecto compró á los indios de Arauco una gran estension de terreno para vivir en medio de ellos. En la época en que lo visitó Mr. Bardel, tenia cincuenta años de edad. Su casa se semeja mucho á la de Robinson Crusó. Nuevo Las Casas, Mr. Lozier era uno de los defensores mas decididos de los araucanos, pues segun decia, eran de un carácter muy dulce, al paso que en los chilenos habia que censurar la mala fé con que se conducian con sus vecinos y faltaban á todos sus tratados.

XXVIII.

ISLAS VITI—DILLON ATACADO POR LOS NATURALES. (1812.)

Tasman descubrió el archipiélago Viti en 1643; pero solo vió algunas islas y arrecifes que llamó islas del príncipe Guillermo. Las excelentes noticias que se deben á Mr. d'Urville prueban que las islas descubiertas por Tasman eran *Tanoudza*, *Rambe*, *Tab-Ouni* y *Laoudzala*, nombres que les dan los indijenas.

En 1774 descubrió Cook la isla *Batoa*.

Bligh atravesó fujitivo aquel grupo, despues de haber sido despojado de su mando por los marineros sublevados; pero sin instrumentos y en una mezuquina embarcacion, no pudo ejecutar ningun reconocimiento. Cuando volvió á Taiti, costó aquel gran grupo en toda su parte meridional; pero sus observaciones, si es que llegó á hacerlas, no fueron publicadas.

En 1793 Entrecasteux vió la isla *Batoa*.

Maitland, Barber y Wilson dieron cartas mas ó menos exactas de algunas islas; el capitán Maitland las llamó Tierras de Libertad. Muchos buques mercantes las han frecuentado y frecuentan toda-

via, principalmente á causa de la madera de sándalo, de que se hacen esencias en China y en la India, y con la cual se construyen columnas y atahudes para los chinos ricos; pero la mayor parte de los capitanes de estos buques solo se cuidan de hacer su tráfico, y nada notable han contado de aquellos países, de los cuales se ignorarian aún muchas cosas, si no las hubiese dado á la estampa Mr. Hombron, compañero de viaje del almirante Dumont d'Urville.

Luchas sangrientas habian estallado muchas veces entre los europeos, los americanos y los naturales, resultando dos terribles catástrofes: la primera fué la del capitán Campbell, que fondeó en Octubre de 1809 en la bahía del bosque de Sandal, y que fué capturado por el jefe Boullandam, comandante de una escuadrilla de ciento cuarenta piraguas. Hállase esta relacion en el viaje de Turnbull al redor del mundo, publicada en 1813.

En cuanto á la segunda catástrofe, la mas importante de la historia de aquel país, la tomaremos de la relacion del capitán Dillon, que fué el héroe de ella; relacion publicada con la de su expedicion en busca de La Perouse.

Mr. Dillon se embarcó á fines de 1812 como oficial segundo á bordo del navío *Hunter*; su capitán Robson, que partió de Calcuta para su viaje á la Nueva Gales del Sur, á las islas Viti, comunmente llamadas Fidji, y finalmente á Canton. Anteriormente habia visitado estas islas, donde permaneció cuatro meses, en cuyo tiempo vivió íntimamente con los naturales é hizo grandes progresos en el estudio de su lengua. El capitán Robson habia tambien estado dos veces en aquellas islas, y adquirido grande influencia sobre el ánimo de los habitantes de una parte de la costa de la isla del Sándalo, tomando parte en sus guerras y ayudándole á destruir á sus enemigos, que habian sido devorados en su presencia. El jefe con quien mas intimidad habia encontrado, era Bonassar, que mandaba el pueblo de Vonia y sus dependencias en el interior de la isla.

En 19 de Febrero de 1813 ancló el *Hunter* en la bahía de Wailea, á distancia de un cuarto de milla de la embocadura de un rio, que es preciso remontar para llegar al pueblo. Vonia está situado á milla y media del fondeadero y las márgenes del rio que lo baña, se ven cubiertas de magnífica verdura.

Apenas se habia echado el ancla, cuando el hermano del jefe de Vonia llegó á bordo para felicitar al capitán por su regreso; no tardó en presentarse el mismo Bonassar con otros muchos jefes subalternos y sus sacerdotes, quien manifestó al capitán que poco tiempo despues de haber partido el *Hunter* para Canton, los habitantes de los pueblos que habia conquistado con su cooperacion, se habian sublevado de nuevo é incorporándose á las poderosas tribus, que habitaban las orillas de un gran rio llamado Naupacab, le habian hecho una guerra cruel. Bonassar trató de persuadir á los ingleses que seria imposible proporcionarse madera de sándalo á no vencer aquella liga, formidable con la fuerza de su

mosquetería. En su consecuencia suplicó al comandante que se uniese á él para emprender otra campaña. El capitán Robson no quiso acceder en un principio; pero fueron tantas y tan repetidas las instancias que le hicieron Bonassar y muchos de sus súbditos, y tan eficaces las promesas de que en recompensa completaria la carga de sus buques en el espacio de dos meses, que al fin se resolvió á prestar el socorro que se le pedia.

El 1.º de Abril marchó la expedicion contra la pequeña isla de Naupacab, situada á dos millas de la embocadura del rio del mismo nombre, la cual se hallaba fortificada; pero bastaron algunas descargas del cañon pedrero que llevaban los ingleses para obligar á abandonarla á sus defensores. Despues de esta escaramuza subieron los expedicionarios el rio hasta quince millas, y destruyeron los pueblos y plantaciones que habia en las dos orillas. El día 8 por la tarde regresaron á su navío, despues de haber sometido al dominio de Bonassar todos aquellos pueblos rebeldes. Estos servicios fueron recompensados con la mas negra ingratitud. En vano esperaron los ingleses, en los cuatro meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto, el cumplimiento de la palabra que los habian dado los indijenas. Estos no proporcionaron á los europeos mas que ciento cincuenta toneladas de madera de sándalo, esto es, la tercera parte del cargamento, pretestando que era imposible darles mas, porque los bosques estaban agotados por el gran número de buques que habian frecuentado aquellas costas en el espacio de algunos años. Indignóse tanto el capitán Robson al verse burlado por aquel pueblo bárbaro y astuto, que juró vengarse de sus antiguos y fieles aliados, á quien tantas veces habia ayudado á regalarle con la carne de sus enemigos. El capitán cumplió su juramento.

A principios de Septiembre atacó á una escuadrilla de piraguas de Vonia, y apresó á catorce de ellas. Esta fué la señal de una lucha que se hizo encarnizada, y costó tanta sangre á los isleños como á los europeos.

El día 6 de Septiembre desembarcaron estos á las órdenes de Mr. Norman, en un sitio llamado la Roca Negra, á corta distancia Este del rio. Verificado el desembarco, comenzaron los europeos á dispersarse en grupos de dos, tres y cuatro hombres; no faltó quien observase á Mr. Norman, que convenia marchar reunidos para evitar un ataque repentino de los isleños; pero el comandante no hizo caso de este consejo. Avanzaron, pues, sin obstáculo por un estrecho sendero, y llegaron al pie de una colina. En seguida subieron á su cumbre, que formaba una especie de meseta. Presentáronse allí algunos isleños, y les amenazaron con gritos y jestos. Mr. Norman tomó hácia la derecha, metiéndose por un sendero que conducia, al traves de un bosque, hácia algunas cabañas.

"Yo seguia á Norman, dice Dillon, con otros siete europeos, y no pasó mucho tiempo sin que los isleños quisieran disputarnos el paso; les disparamos algunos tiros y matamos uno, poniendo en precipitada fuga á los demás. Mr. Norman mandó enton-

ces pegar fuego á la cabaña del jefe y á algunas otras, órden que fué ejecutada tan puntualmente, que al cabo de algunos segundos subian las llamas por todos lados. Pronto oimos unos ahullidos espantosos. Dábanlos multitud de salvajes que estaban emboscados y salieron en nuestra persecucion. A pesar de la sorpresa con que nos vimos envueltos por aquellos forajidos, logramos defendernos con bastante órden y causarles gran número de heridos y muertos. Este triunfo nos costó tambien á nosotros la pérdida de algunos hombres y la irreparable de Mr. Norman, á quien un salvaje tendió en el suelo atravesado de una flecha.

"Viendo que me era imposible penetrar por entre la multitud de salvajes para llegar á nuestras embarcaciones, grité á mis compañeros que subiéramos á la roca donde habiamos estado poco antes. Felizmente logré subir á la cumbre, donde me encontré reunido con cinco de los nuestros: Carlos Savage, Luis (chino), Martín Bouchard (prusiano), Tomás Dafny, y Guillermo Wilson.

"Afortunadamente para nosotros, la altura que ocupábamos era tan escarpada, que no podian subirla á un tiempo sino muy pocos hombres, y demasiado elevada para que los salvajes pudieran incomodarnos mucho con sus flechas y sus hondas; además, por una casualidad no menos feliz, un viento muy fuerte desviaba el gran número de flechas que nos lanzaban. Habiendo sucumbido nuestro jefe, me correspondia el mando; aprovechéme de él para disponer á mis compañeros á defender nuestro puesto de la mejor manera posible; no permití que se disparara mas de un tiro á la vez, y empleé á Dafny, que habia salido algo herido de nuestra pasada refriega, en cargar nuestras armas. De esta suerte conseguimos defendernos por espacio de muchas horas, matando á cuantos salvajes intentaban trepar á la cumbre. Solo Martín Bouchard, que era un excelente tirador, mató veinte y siete salvajes de veinte y ocho tiros. Viendo nuestros enemigos que no podian desalojarnos de nuestra posicion sin perder mucha jente, se retiraron amenazándonos con su rabia. Entonces abandonamos nosotros tambien nuestra altura para dirijirnos á nuestras embarcaciones, que desde allí veiamos á corta distancia de la costa; pero al bajar, todavia nuestros enemigos trataron de perseguirnos, y aunque eran pocos en número, mandé á mis compañeros que verificáramos nuestra retirada, dando el frente á los salvajes y apuntándoles con nuestras armas. Esta precaucion produjo el buen resultado que yo me prometia. Los salvajes no se atrevieron á acometernos, y solo cuando ya estábamos embarcados, acudieron en tropel y nos saludaron con una lluvia de flechas y de piedras; pero no tardamos en vernos fuera del alcance de sus arcos y de sus hondas."

Luego que los europeos estuvieron fuera de peligro, dieron gracias á la divina Providencia, y llegaron á bordo del navío en el mismo instante en que el sol cesaba de alumbrar aquel teatro de mortandad y horror.